

## Reflexión ante dos generaciones de colombianos perdidos

Por Francisco Flórez Vargas<sup>18</sup>

*«El Padrenuestro, la oración que el propio Cristo nos enseñó, dice: «santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino». El demócrata liberal las sustituye implícita (o explícitamente) por «eliminado sea tu Nombre; venga a nosotros la secularización, el reino del Hombre»*

(Gambra, 78).

Los jóvenes colombianos, y sus padres, son víctimas inconscientes de un establecimiento económico y político que destruyó el antiguo orden cristiano en que se formaron sus abuelos. Tal orden fue reemplazado por un depredador sistema capitalista, que bajo apariencias amables y charlatanerías cursis los despojó de sus lazos religiosos, patrióticos y familiares a cambio de una cultura popular chatarra, con valores tan vacíos como los jóvenes mismos: unos egoístas individualistas carentes de vínculos amorosos que den sentido a sus vidas.

Las generaciones actuales se creen las más libres de la tierra por tener aparatos tecnológicos de última moda y poder dar rienda suelta y sin freno a sus apetitos sexuales. Sin embargo, son en realidad esclavos físicos de empleos odiosos en que los explotan por miserables sueldos; son cautivos espirituales de sus más bajas pasiones.

Se creen generaciones plenas cuando en realidad son unas de las más pobres en nuestra dolorosa historia. Carentes de amor por su Dios, patria o familia, no tie-

<sup>18</sup> Magíster en Derecho de la U. de Los Andes, Bogotá, Colombia; Máster en Antropología e Historia de América de la U. Complutense, Madrid, España; Abogado de la U. de Los Andes, Bogotá, Colombia. Ha sido profesor universitario, Asesor del Congreso de la República de Colombia, Asesor del Consejo de Bogotá y Asesor del Archivo General de la Nación.

nen convicciones y sin estas no encuentran una razón que justifique su paso por la vida. Ignorantes y perversamente influenciados por una cultura popular obscena y superficial, carecen de todo elemento para encontrar consuelo en la apreciación de lo sublime. Solo un vistazo sobre los gustos que hoy prevalecen en cine, música y arte es suficiente para advertir un decaimiento cultural integral.

Solos y sin fe, escapan de sus monótonos trabajos entregando sus noches de fin de semana a un cúmulo de vicios que les permita olvidar por un momento sus miserables vidas. Un día, tras la resaca, amanecerán y se encontrarán viejos, profundamente solos y solicitarán que un seguro médico les aplique una inyección letal, «derecho fundamental» que para entonces será la forma políticamente correcta de morir.

Nunca hubo sobre Colombia una generación más engañada, irónicamente satisfecha con su miseria. No solo satisfecha. Nuestros jóvenes promueven con entusiasmo todos los valores de un establecimiento que machaca sus mentes, explota su fuerza laboral y finalmente los desecha, como los objetos desechables en que se han convertido. Engañados, cavan alegres su propia tumba.

Quien desee un manual descriptivo sobre la juventud colombiana solo debe leer «*Un mundo feliz*», novela profética publicada por Aldus Huxley.

### **Algunos antecedentes históricos**

La cristiandad se formó en exacta contradicción a la manera en que se construyó la edad contemporánea. La cristiandad fue el resultado de hombres que se sometieron a Dios mientras que nuestro mundo es el producto de los hombres que se rebelaron contra Él. «*Serviam*» y «*non serviam*» son, respectivamente, los lemas que mejor sintetizan una y otra etapa en la historia occidental.

El mundo actual encuentra sus orígenes en la apostasía. El orden cristiano, cuya doctrina triunfó a partir del emperador Constantino, suponía que Dios gobernaba en lo espiritual por medio de su Iglesia y en lo terrenal por medio de su rey. El trono y el altar debían reinar armónicamente sobre pueblos heterogéneos en costumbres, pero homogéneos en la fe.

Hoy el paradigma es el exacto opuesto: una masa homogénea en costumbres, pero heterogénea en la fe piensa que gobierna al Estado bajo el cual vive.

La diferencia estriba sobre la verdad que subyace en el modelo antiguo y la falsedad que esconde el nuevo. En la cristiandad el Estado sí estaba realmente sometido a la autoridad divina mientras que hoy el Estado miente al decir que está sometido a la voluntad popular. Cualquiera intuye que en la realidad actual el Estado está entregado a intereses mezquinos, casi todos ligados a la codicia de pequeños grupos de privilegiados y no al pueblo «soberano».

### **La falsa «democracia» liberal<sup>19</sup>**

La cristiandad se sostenía sobre un paradigma político verdadero mientras el mundo moderno se sostiene

<sup>19</sup> «Para efectos de los términos utilizados en el presente artículo, por Liberalismo o Democracia Liberal, entenderemos la doctrina política que basa la democracia como determinadora del derecho y legitimadora del Estado, sujeta a los límites que ella misma – la democracia – imponga a la autodeterminación de los individuos que la conforman. Estos individuos tienen derecho a perseguir su propia autoconcepción del bien. Aunque existe una contradicción en la definición anterior, pues autoconcepción del bien y libertad individual pueden chocar con decisiones mayoritarias, el sistema liberal invoca los *Derechos Humanos y/o fundamentales* para contener el desenfreno del individualismo agresor o de la mayoría agresora. Con todo, el sistema no termina escapando al positivismo puro, ya que la misma definición y alcance de lo que son *Derechos Humanos y/o fundamentales* está en permanente función de las cambiantes personas que eligen a los jueces o legisladores que determinarán el significado y alcance de tales derechos o, incluso, la creación y derogación de otros». QUIJANO, Santiago, artículo publicado en <http://www.razonmasfe.com/cultura/el-liberalismo-contra-la-iglesia-hora-de-que-los-catolicos-corten-con-la-democracia-liberal-primera-parte/>.

sobre un paradigma político falso. Porque la mayoría de los gobernantes de la cristiandad sí creían en la Iglesia mientras la mayoría de los gobernantes actuales no creen en la democracia. Los gobernantes cristianos temían ofender la religión de Dios mientras los gobernantes modernos no temen ofender la democracia del pueblo.

Que los gobernantes modernos no crean en la democracia –en su sentido clásico– tiene absoluta lógica: ninguno de los episodios políticos que forjaron los estados que hoy gobiernan tuvo apoyo ni fermento popular. Desde la revolución de Lutero hasta las revoluciones atlánticas de los siglos XVIII y XIX se verifica un común denominador: ninguna de ellas fue promovida por el pueblo. Al contrario, el desprecio por el catolicismo de unas minoritarias élites fue lo que impulsó la destrucción del antiguo orden, con guillotinas e incendios mientras gritaban «viva la libertad». El pueblo, en todas ellas, participó trágicamente como carne de cañón en alguno de los bandos de las guerras civiles que inevitablemente resultaron de esas revoluciones.

Las espontáneas manifestaciones populares a favor de estas revoluciones están sobredimensionadas. Para incentivar a una hambrienta turba a que asalte vidrieras no se necesitaba mayor nivel de convencimiento. Quiero decir que ni los desesperados que tomaron la Bastilla ni las prostitutas que fueron contratadas en París para apresar al rey Luis –las «ocho mil Judiths»– estaban en sintonía con «los ideales» de la revolución; querían su paga, o querían comer.

Erik Ritter von Kuehnelt-Leddihn, que fue un entusiasta defensor de la modernidad política, demostró con creces el carácter profundamente antidemocrático del liberalismo, citando extensas cartas en que Hamilton,

Adams y Madison expresan su horror por la democracia con el temor y desprecio que sienten por el pueblo (68). (Vale la pena leer *The menace of the Herd*, que bien puede ser una versión nórdica y actualizada de *La rebelión de las masas*)

No hace falta ir hasta revoluciones de altura como la protagonizada por los *Founding Fathers* para detectar el desprecio del liberalismo por la democracia o la voluntad de las mayorías.

En Colombia ha sido notorio, por ejemplo, que la agenda anticristiana fue impuesta por medio de altos tribunales judiciales y pequeñas élites y no por referéndums o grandes movimientos populares.

Debe considerarse que a pesar de dos siglos de intenso esfuerzo, violento e intelectual, por parte de dichas élites para convencer al pueblo de que el cristianismo es malvado, los jóvenes colombianos aún guardan alguna estampa religiosa en sus billeteras. Es seguro que aquellos escapularios, rezagos de un otrora país cristiano, no serán llevados por la próxima generación.

De las pocas cosas que un cristiano puede compartir con el pensamiento liberal es su temor a la democracia. La democracia puede dar lugar a sistemas inestables y caprichosos que un día eligen a Nicolás Maduro y otro a Adolfo Hitler.

La democracia, en su sentido aristotélico, es la tiranía del pueblo, o la degeneración de la república. Puede no ser intrínsecamente mala ni buena al no ser más que un medio electivo de gobierno, cuyo éxito o fracaso depende de la calidad de los electores y los candidatos. Así las cosas, la democracia, como forma de gobierno puede ser

cristiana, pero como fundamento de gobierno resulta necesariamente anticristiana. Porque la «democracia liberal» supone el veneno del relativismo, que consiste en dejar al capricho de unas mayorías, inventadas o previamente manipuladas, establecer lo que está bien y lo que está mal.

Ya el sanedrín del templo, manipulando y mintiendo al pueblo, había logrado que los judíos, puestos a escoger entre Jesucristo y Barrabás, votaran por el bandido. Al igual que Caifás, los liberales actuales solo confían en la democracia cuando tengan garantías de que lidian con una masa idiota y manipulable.

Lo que hoy los liberales llaman democracia es lo que Juan Manuel de Prada llama «demogresca» y describe de la siguiente manera:

Una religión demente que subvierte cualquier principio moral, amparándose en supuestas mayorías, en realidad masas cretinizadas y sugestionadas por la repetición de sofismas. Los jenizaros de esta religión necesitan que las masas cretinizadas acepten como axiomas (proposiciones que parecen evidentes por sí mismas) sus sofismas. (...) ello se logra a través de la saturación mental de bazofia que nos sirven los *mass media*, infestados de jenizaros de la religión democrática (...) libertad para dañar, injuriar, calumniar, ofender y blasfemar; libertad para sembrar el odio y extender la mentira entre las masas cretinizadas; libertad para condicionar los espíritus e inclinarlos al mal. (...) También defienden una «Libertad de Conciencia» entendida no como libertad para elegir moralmente y obrar con rectitud, sino como libertad para elegir las ideas más perversas, las pasiones más torpes y las ambiciones más egoístas y ponerlas en práctica, pretendiendo además que el Estado asegure su realización. (33).

Hago énfasis en la hipocresía democrática del liberalismo para destacar el mentiroso engaño que la democra-

cia liberal esconde. Desde el mismo nombre empiezan las mentiras y las contradicciones de un sistema que es, como su nombre, mentiroso y contradictorio.

### **Los anglos marcan el camino hacia la total apostasía**

Algunos personajes del mundo anglosajón sirven para trazar la ruta histórica en que la modernidad destruyó a Dios y al rey para reemplazar al primero por el hombre y al segundo por la «democracia», con las reservas que ya manifesté sobre el término.

La primera rebeldía vino de Enrique VIII, desobedeciendo a Roma y asumiendo la autoridad pontificia que a él no le correspondía. Con este acto el rey Enrique abrió el peligroso camino hacia la soberanía absoluta del monarca. Las monarquías de la cristiandad ejercían la soberanía en tanto y en cuanto gobernaran conforme al derecho divino que enseñaba la Iglesia y el civil que enseñaban los principios del derecho natural.

Juan de Valdez Leal pintó a San Ambrosio, obispo de Milán, impidiendo el ingreso a la Catedral del César Teodosio, quién cedió ante la autoridad del santo y de rodillas rogó a su obispo que levantara la excomunión en su contra. Carlomagno, también de rodillas, recibió la corona del Papa León III. Las monarquías católicas reconocían que su poder estaba limitado a lo terrenal y que no podían transgredir el orden espiritual.

Con la herejía anglicana, se instauró la teoría de la soberanía absoluta del Estado, árbitro tiránico sobre el orden terrenal y espiritual, como ocurre ahora. (Hoy en día, el Estado ha invadido ferozmente la esfera espiritual de la sociedad, decretando lo que, según unos presidentes, jueces o congresistas, debe ser la moral, el bien y el mal, como en las tiranías paganas de la antigüedad).

Una vez que el temor por desconocer el orden espiritual desapareció, el respeto por los demás órdenes quedó completamente desarmado (Quienes han perdido el temor a Dios suelen no tener más límites que su ambición personal). La propia Inglaterra sería el primer escenario de la modernidad en que un rey cristiano fue decapitado, ante una muchedumbre que miraba estupefacta cómo se atrevían a cercenar la cabeza de Carlos I en 1649.

Como Macbeth al buen rey Duncan, los revolucionarios consideran que matar al rey es fundamental para subvertir el orden cristiano e imponer el suyo. Algunas sectas masónicas practican el rito de «matar al rey», en donde simbólicamente recrean un regicidio. No lo hacen solo para celebrar las muertes de Carlos I, Luis XVI o Nicolás II —todos cristianos y mártires—, sino también para festejar la muerte del Rey de todos los reyes en el Gólgota<sup>20</sup>.

Los ingleses en América continuaron protagonizando el camino hacia la modernidad cuando declararon su independencia en 1776 y con ello la decapitación simbólica del rey Jorge el loco.

Con Enrique VIII la monarquía anglosajona destronó a la Iglesia y con Jorge Washington la aristocracia anglosajona-americana destronó al rey, cuya ausencia precipitó una política basada en partidos, coronando el sectarismo y la división como pilares del nuevo orden. La monarquía suponía un esfuerzo armónico de todos los estamentos sociales por lograr el bienestar general del reino. Por el contrario, la república aristocrática en Norteamérica impulsó la competencia por el poder político entre sectores enfrentados para lograr el beneficio particular del partido

---

<sup>20</sup> También celebran, evidentemente, el asesinato del rey Duncan a manos de Macbeth.



que resulte ocasional y temporal ganador: el desolador sistema de partidos políticos. La división y el enfrentamiento reemplazaron la concordia y la armonía como motores del aparato político, no solo en Norteamérica, sino también en la propia Inglaterra y eventualmente en todos los gobiernos de occidente.

Finalmente y también en Norteamérica, la burguesía industrializada y urbana destronaría a la aristocracia rural con la Guerra Civil y el triunfo de Abraham Lincoln. Más que la declaración de independencia de 1776, fue la victoria de la unión sobre los confederados en 1865 lo que formó el sistema cultural y político de los actuales Estados Unidos. Con la derrota del general Robert Lee la burguesía urbana terminó la república aristocrática soñada por Hamilton<sup>21</sup>: se consolidó en el siglo XIX un sistema estamental exactamente contrario al que existía antes de la herejía anglicana en el siglo XVI. La pirámide clásica quedó subvertida.

Si la ortodoxia antigua organizaba su pirámide en un orden jerárquico que empezaba con la Iglesia seguida por el rey, la aristocracia y el pueblo, la nueva ortodoxia sitúa al pueblo en la cúspide y los demás estamentos en el lugar que arbitraria y momentáneamente decida colocarlos el pueblo.

Lo cierto es que la democracia liberal quedó coronada como la única legítima forma de gobierno. Es la nueva ortodoxia, con su inquisición, sus fanáticos y, por supuesto, sus herejes, a quienes se debe callar. Gambra lo planteó impecablemente:

---

<sup>21</sup> Se repite con demasiada insistencia en que la causa de la guerra civil norteamericana fue la esclavitud. Nada más falso.

La consolidación del dogma de la democracia y de su axiomática ha sido, por supuesto, obra de muchos años, pero es ahora cuando conoce su vigencia universal. Ya, a fines de los años veinte, se daba por supuesto, en el lenguaje político español, que, a través de la dictadura del general Primo de Rivera, era obligado «volver a la normalidad constitucional (o democrática)». Hoy se supone para el mundo todo, desde la Europa más culta hasta la selva africana, que sólo unas elecciones «libres» (de sufragio universal) pueden justificar un gobierno ortodoxo. Cualquier otro gobierno recibirá el calificativo de «dictadura» y se llamará a cruzadas contra él, previa su denuncia universal, como violador de los «derechos humanos», que constituyen la apelación última que en otro tiempo se situaba en el juicio de Dios Uno y Trino. (Existen, por supuesto, determinadas tolerancias o concesiones en gracia a la perfección universal del cuadro: el mundo soviético o sovietizado y múltiples sultanatos árabes prescinden de toda consulta a la «opinión pública» y les basta con auto-titularse «populares» o «democráticos» para gozar de una suficiente inmunidad) (104).

Se debe repetir lo dicho anteriormente, en el sentido en que la jerarquía piramidal antigua fue verdadera, ya que la Iglesia, el monarca, la aristocracia y el pueblo sí ejercían, respectivamente, el poder estamental que les correspondía, mientras que la moderna es mentirosa. La teoría política moderna predica que el Estado es gobernado por el pueblo, lo que es falso, mientras la teoría política antigua predicaba que el Estado era gobernado por el clero y el rey, lo que era cierto.

Ya dije que la tiranía moral del Estado se funda sobre la libertad de conciencia y religión, que al afirmar que las opiniones de cada cual valen exactamente lo mismo, deja en los caprichos de los políticos el único criterio válido y universal sobre la ética. Cuando todas las religiones valen lo mismo, ninguna vale nada y el Estado vale todo: es la

Roma de Calígula. En efecto, era aquella Roma un lugar en el que cada cual podía idolatrar a los demonios que le diera la gana siempre que no negara pleitesía y adoración al César. Los cristianos, que no creían en la libertad religiosa sino en la única y verdadera redención a través del único y verdadero Dios fueron en consecuencia martirizados hasta que con su propia sangre martirizada bautizaron el Imperio: César se inclinó ante el trono de Pedro.

### **La monarquía hispánica, último reducto de la cristiandad**

Aunque enemigos históricos y de estamento, lo único que ha congregado a estos paladines anglosajones de la descristianización, desde Enrique de Inglaterra hasta Lincoln, ha sido su animadversión contra la Iglesia Católica y su desprecio por el orden social católico, que pudo encontrar refugio espiritual en Roma y político en la monarquía hispánica.

Desde que la herejía luterana se alzó contra el catolicismo, Carlos I de Habsburgo la combatió con vigor de cruzado. Mientras en el norte de Europa naciones de católicos descendían a la herejía, en la América española cientos de pueblos paganos ascendían a la verdadera fe.

Cuando las universidades alemanas e inglesas se plagaban de doctrinas anticristianas, dominicos, franciscanos y jesuitas sembraban el vasto imperio español con seminarios y universidades católicas. Las múltiples naciones sobre las que se extendía el suave yugo de la monarquía hispánica, cuya jurisdicción abarcaba tres continentes, desde Nápoles hasta las islas Filipinas, fueron el refugio de la cristiandad. Mientras que el protestantismo y su veneno anticristiano se expandían por toda Europa,

Felipe II, como Atlas, sostenía la pesada responsabilidad de conservar en su imperio la fe de Cristo.

Nuestra patria, el Nuevo Reino de Granada, hizo parte de una monarquía católica hereditaria, misionera y federativa durante los primeros tres siglos de su historia, y conservó buena parte de dicho legado hasta bien entrado el período republicano. De allí a que, mientras en el mundo anglosajón —y tenuemente en el francés— se revertía el orden cristiano, el Nuevo Reino de Granada mantuvo una prolongada inocencia. Inocencia que, como la brutal violación a una virgen, cesó de súbito con la revolución de independencia y el volcamiento drástico de 300 años —sino de 1.500— de tradición política cristiana.

**La mala educación: «lo único que importa  
es que tú seas feliz»**

La prioridad del pérfido sistema que se entronizó en occidente ha sido corromper la forma lógica de pensar de las nuevas generaciones, desde su más tierna infancia. Se trata de corromper las formas básicas lógicas en que opera el pensamiento. Así, como el buen vino llega a una botella sucia y se daña, la realidad llega a estas turbadas mentes para quedar irremediablemente distorsionada.

Contra la lógica más elemental, enseñan a los niños que las cosas no son lo que son, sino lo que ellos piensen y deseen que sean. Les dicen que no existen verdades objetivas sino construcciones subjetivas. El niño no debe adaptarse a una realidad existente, por el contrario, es él quien debe construirla a su voluntad y capricho.

Si la niña quiere ser astronauta, reina de Inglaterra o estrella de rock, «nadie la debe detener en la persecución de su sueño». Ellos, todos, son «únicos y especiales»

y tienen derecho a su «propia visión del mundo». Si un adolescente considera que él no es varón sino hembra, tiene todo el derecho para someterse a un tratamiento hormonal y quirúrgico para «seguir su sueño» y convertirse en la mujer que cree ser. El sistema les enseña que sus cuerpos son objetos para que ellos mismos y otros jueguen sin límite alguno.

Tendencias nocivas que antes eran consideradas vicios, perniciosas al cuerpo y al alma, hoy son consideradas felices opciones de vida. Entregarse a una vida disoluta carente de moral y dañina es una «libre opción» siempre que la víctima de su propia condena «desarrolle su personalidad» y no «transgreda la de los demás».

Les inculcan la idea más distorsionada sobre el amor, que lo confunden con emociones de caramelo, concupiscencia y complicidad ante la destrucción del otro. El valor, el honor y el sacrificio son tenidos por anatemas, sus respectivas antítesis constituyen el pilar de aquella falsa idea de amor.

Amar es aceptar e incluso aplaudir cualquier tipo de comportamiento en cabeza del ser «amado». Si tu amigo decidió dedicarse al alcoholismo, a la promiscuidad sexual, al abuso de drogas o a los tres, debes respetar su decisión y quererlo «tal y como es» pues corregir es ofender y puede llegar a ser odiar. La confusión entre amor y egoísmo resulta brutal bajo el principio de «mientras no te afecte, que los otros hagan lo que les venga en gana, no te interpongas en su felicidad».

En definitiva, el propósito de la vida es «ser feliz», entendiendo el camino hacia la felicidad como el disfrute de placeres materiales y el bienestar personal, anteponiendo ambos fines sobre cualquier sacrificio.

## La derrota del amor y el triunfo de la pornografía

En una sociedad que no estuviera tan enferma, medidas drásticas se habrían tomado para evitar el masivo consumo de pornografía por parte de un público cada vez más joven. La cuestión está lejos de ser trivial o marginal; la industria pornográfica –y no los colegios ni la familia– es la institución que hoy le enseña a la juventud cómo relacionarse en pareja.

Las relaciones juveniles ya no son entre sujetos, sino entre objetos. En este sentido, la obra del marqués de Sade coronó su plenitud en las generaciones actuales, cuyas pautas para relacionarse sexualmente las establece una industria pornográfica cada vez más degenerada y, al tiempo, «normalizada».

En su último filme, Passolini plasmó crudísimamente la forma como el capitalismo liberal reduciría las relaciones humanas a meras transacciones de poder o dinero a cambio de un placer egoísta y perverso. Relaciones mutuamente destructivas, en donde el verdugo se degrada dañando a su víctima y esta termina necesariamente degradada, sea por propia voluntad o sea por coerción. Wagner, en su ópera «Parsifal», enseña precisamente ese tipo de amor puramente concupiscente, que se sostiene entre almas moribundas, por oposición al amor espiritual, sostenido entre almas profundamente vitales.

Para las generaciones de hoy, amar es un intercambio carnal egoísta entre sepulcros blanqueados. Sus cuerpos son objetos de consumo que se ofrecen al mejor postor, a cambio de recibir un placer carnal momentáneo que muchas veces implica maltrato, a enferma petición del maltratado. El consumismo logró penetrar a la esfera más

íntima del ser y remplazar sus relaciones sentimentales por egoístas intercambios sexuales. Las personas se aferran momentáneamente a su pareja con la misma facilidad que se aferran a un nuevo teléfono a unos nuevos zapatos, para desecharlos –al teléfono, los zapatos y la pareja– tan pronto llegue un reemplazo visualmente más atractivo.

La tendencia cada vez mayor de estas generaciones por asistir a los gimnasios tiene mucho más que ver con una hedonista obsesión de ser objetos sexuales deseables que por tener un estilo de vida sano. Quieren lucir como actores y actrices porno. La estética juvenil lo sugiere sin mucha dificultad. Las jóvenes se visten como prostitutas y sus parejas como rufianes de pandilla, en exacta consonancia con sus ídolos culturales, Shakira, Lady Gaga, Maluma o Justin Bieber. La música que escuchan no es sino la banda sonora de la película pornográfica en que han convertido sus vidas. Ritmos estridentes que escuchan en altísimos decibeles –lo que evitará sostener cualquier conversación inteligente– y que loan en sus líricas el egoísmo y el amor carnal.

### **El fin de la maternidad y el fin de los lazos que ella genera**

La industria pornográfica, decididamente difundida en forma gratuita por la democracia liberal bajo la excusa de la «libertad de expresión», logró corromper los corazones de millones de jóvenes, quienes no saben lo que es una sana relación de pareja. Ven en el sexo un fin para su placer personal, un acto esencialmente onanista y no un medio para afianzar una relación estable, ni, muchísimo menos, para procrear descendencia. Para esta generación el fin más natural del sexo, la procreación, es lo único para lo que este no se practica.

La cultura de la promiscuidad sexual avanza a la par con la cultura de la anticoncepción y del aborto. Al capitalismo liberal le interesa que la juventud se embrutezca fornicando, pero sin procrear, pues con los hijos llega una natural noción de verdadero amor que humanizaría a estas pobres criaturas deshumanizadas. Con la paternidad —y sobre todo con la maternidad—, el corazón humano estalla en sentimientos de sacrificio, valor y lucha por un mejor mundo para su descendencia.

Nada de lo anterior conviene a la sociedad moderna, que ansía tener una población de adolescentes caprichosos, sin responsabilidades familiares que les impidan gastar la totalidad de sus miserables sueldos en estúpidos aparatos tecnológicos, licor, drogas y atuendos para disfrazarse de prostitutas o de rufianes de barrio.

Acabar con la maternidad se convirtió en un propósito obsesivo para las democracias liberales. El instinto más primario, tierno y natural de todos, es para las democracias occidentales de hoy un grave lastre que se debe combatir.

Por el contrario, el aborto se presenta como el culmen de los derechos que debe tener la nueva mujer emancipada. Que la madre asesine a su hijo en su propio vientre, cuando se encuentra en el estado más indefenso e inocente posible, es para la sociedad moderna un triunfo de la civilización. Herida en lo más hondo la maternidad con la aberración del aborto, el empeño continúa al legalizar los vientres de alquiler, en donde la mujer alquila por dinero su útero para que otros depositen en él óvulos fecundos. De nuevo, otra forma de prostitución y entender el cuerpo humano como objeto y no como sujeto. La democracia



liberal logró, a través de su cultura popular, reemplazar la paradigmática figura de María, casta y madre, por la de cualquier diva del pop, puta y estéril.

Una vez destruidos los vínculos naturales de la maternidad, la familia quedó herida de muerte. Quien no ama a nadie solo puede procurar amarse a sí mismo, y el verdadero amor propio no se consigue si no se ama a nadie. Con esta trágica condición, las generaciones actuales se encuentran integradas por personas incapaces de amar, ni siquiera a ellas mismas. Se encuentran obsesionadas con dar rienda suelta a sus pasiones más egoístas, bajas y elementales. Son incapaces de cualquier sacrificio o abnegación por una causa superior, ni siquiera la de salvar sus propias almas, pues no creen que tengan una.

### **La idolatría bestial**

No habiendo amor por los demás ni amor propio, lo que reemplaza aquel tremendo vacío es un profundo desprecio por la humanidad. De nuevo la industria pornográfica, la cultura popular musical y cinematográfica, la «academia» y toda la artillería de las democracias liberales para homogeneizar el pensamiento popular, lograron fundar en la juventud un desprecio inusitado contra el hombre y una veneración anticristiana hacia lo bestial.

El animalismo no responde sino a esta abrumadora realidad. Contrasta la indiferencia que genera entre los jóvenes el hambre y la miseria humana ante el enfado que sí les produce el llamado «maltrato animal». Protestan airados contra la matanza de un toro en el ruedo, las granjas de pollos o el uso de carros de tiro, pero se complacen al saber que cada año millones de niños son asesinados en los vientres de sus madres. Deifican a sus mascotas

mientras envían a sus padres o abuelos a hogares de retiro. Vierten más lágrimas tras la inyección letal con que mataron a su perro, que tras la eutanasia con que también mataron a su madre.

Una característica básica que diferencia a los animales del ser humano es que los primeros, por principio, no pueden evitar vivir en función de satisfacer sus instintos más básicos, como comer o reproducirse, mientras que el hombre sí, pues tiene el raciocinio para moderarse y ponerse límites.

Pero las generaciones actuales, rebelándose contra esa diferenciación tan básica, proclama como un valor y un derecho que los hombres se comporten como las bestias, saciando al instante cuanto deseo carnal encienda su gula, pereza o lujuria. Al seguir semejante pauta, los hombres de hoy se envilecen por debajo de las bestias. Los animales, al comer o al aparearse, inconscientes persiguen instintos que les son naturales. Pero los hijos de la democracia liberal, al escoger imitar a las bestias, conscientemente persiguen vicios que les son innaturales. Este esfuerzo por hacer del hombre una criatura igual o incluso inferior a las bestias reniega blasfemamente del Génesis 1, 27: «Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó». Este pasaje consagra la dignidad del hombre por sobre todas las criaturas de la tierra, tanto más si el Cristo se hizo hombre y habitó entre nosotros.

### **La desesperada frustración**

Las anteriores reflexiones, que expuse en una desordenada cronología histórica para explicar —en alguna nuestra desesperada circunstancia, no son en lo absoluto

alentadoras. Lo más probable es que, salvo una intervención providencial, el curso de los acontecimientos nos siga llevando por el despeñadero.

Las masas han demostrado solo tener algún tipo de reacción coherente cuando se trata de saquear y linchar en frenética gavilla. En recientes meses vimos, de manera encadenada, las marchas de saqueadores en Barcelona, Santiago, Bogotá y, más recientemente, Minneapolis, Los Ángeles y Nueva York —estas últimas en medio de la pandemia China— Todas las marchas aducen en común un pretexto irreal o desproporcionado a la violencia utilizada (la «independencia» del pueblo catalán, el alza por algunos centavos en el metro o el asesinato de un desconocido a manos de la policía) y todas terminan en quemas de iglesias, saqueos de comercios y linchamientos públicos.

Los protagonistas, además, son los mismos. No se trata de proletarios famélicos. Se trata de jóvenes de clase media o media baja, que, tras de destruir a patadas un automóvil y vandalizar las vitrinas de algunos almacenes, regresan a sus casas a comer la cena que sus madres les dejaron en el horno. Al día siguiente, bien de tardecita —pues duermen hasta el mediodía— salen con sus bates y sus pasamontañas, como Alex DeLarge y su pandilla, a cometer los mismos crímenes que DeLarge cometía en *La naranja mecánica*. (Habría que aclarar, en defensa de Alex DeLarge, que este último escuchaba a Beethoven, mientras que sus émulos contemporáneos oyen reggaetón y trap).

Pero, sin lugar a duda, lo que subyace a una generación de jóvenes que encuentra natural la congregación para destruir y no para crear, es una aterradora frustración. Nuestras generaciones no buscan solidaridades para

la creación; buscan complicidades para la destrucción, y eso es justamente la consecuencia de llevar varias décadas socavando todo el sistema educativo cristiano, tanto familiar y escolar como universitario. Todos los Alex De-Large contemporáneos son los nietos de mayo de 1968, del Concilio Vaticano II, de los *baby boomers* irresponsables que dieron a sus hijos todo lo que a ellos les faltó –comodidad– y nada de lo que sí tuvieron –cristiandad–. *Tout comprendre c'est tout pardonner.*

## Bibliografía

- De Prada, Juan Manuel. «Dinero, demogresca y otros podemonios». *Plantea*. 2005. (Impreso).
- Gambra, Rafael. *Revista Roma* N° 89, Madrid, agosto 1985: p. 104. (Impreso).
- Von Kuehnelt-Leddihn, Erik Ritter. *The menace of the Herd*. Alabama: Bruce Publishing. 1943. (Impreso).